

LA CIUDAD Y EL HÉROE*

Vicente Quirarte**

Duelo público y a la vez apoteosis, no hubiera podido la Ciudad de México, representada por su Ayuntamiento, permanecer muda en esta triste y gloriosa solemnidad... Pequeña ofrenda de la ciudad; pero ésta, como Atenas, “sabiendo que las grandes almas desprecian las riquezas y los goces de la vida, y no aspiran sino a la virtud y a las alabanzas”... Hoy, la gratitud de un pueblo viene a su sepulcro para hacer su apoteosis. Los griegos lo habrían elevado al cielo de sus dioses como a Teseo. Los toltecas lo habrían convertido en estrella como a Quetzalcóatl. Nosotros lo levantamos a ese otro firmamento de la inmortalidad, en que preside Hidalgo.

ALFREDO CHAVERO,
23 DE MARZO DE 1872

Hoy, martes 18 de julio de 2006, la Ciudad de México recuerda el fin de la aventura terrestre de Benito Juárez. Guelatao y

* Palabras en el Panteón de San Fernando en el bicentenario de la muerte de Benito Juárez, 18 de julio de 2006.

** Doctor en literatura adscrito al Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

Oaxaca, Nueva Orleáns y Paso del Norte —actualmente Ciudad Juárez— son algunos escenarios que han rendido homenaje a hitos y momentos donde imprimió su huella indeleble en México y el mundo. En esta ocasión, estamos reunidos en la capital que vio madurar, triunfar y morir a un excepcional ciudadano, lo cual bastaría para reconocerlo y agradecer su existencia.

Tuvo además el talento individual y el privilegio histórico para encabezar un grupo de brillantes y resueltos liberales cuya presencia se halla, igualmente, en esta lección de Historia que es el Panteón de San Fernando. Aquí descansa el gran presidente y lo acompañan, de manera tangible o simbólica, el joven triunfador de Puebla, Ignacio Zaragoza; los generales michoacanos Arteaga y Salazar; el incomprendido Ignacio Comonfort; Melchor Ocampo, su amigo y maestro; el visionario José María Lafragua, hombre de leyes y palabras. Pero también se hallan monumentos o restos de sus valientes adversarios, esos que, desde su perspectiva y leales a sus principios, también quisieron lo mejor para México. Honrar a los vencidos lo honra doblemente a él. Por último, yacen aquí los seres más próximos a la carne y a la sangre de Benito Juárez, de manera particular su compañera de viaje, Margarita Maza, que con su vida ejemplar y modesta supo “subrayar la sencillez de la República”. Armas y letras pasan lista de presente y recuerdan el tránsito de quien supo dotar a nuestra nación de leyes, instituciones y respeto a la sociedad civil.

La primera vez que Benito Juárez vino a esta Ciudad de México, estaba en el año cuarenta de su edad e iba a ocupar su cargo como diputado al Congreso, así como su sitio en la historia nacional. Ya no era un hombre joven, para los cánones de su tiempo, pero cada uno de sus pasos había sido dado con tanta fuerza que le permitiría una madurez activa e inaudita. Traía, aunque no la precisara, una carta de presentación para el presidente Valentín Gómez Farías. Lo más importante es que venía con plena conciencia de que sólo las ideas liberales eran capaces

de transformar el país y hacerlo un lugar más digno y justo y soberano. Eran los últimos días de 1846. México estaba invadido por el ejército de Estados Unidos, que al año siguiente estaría en la capital. La carta señala que el portador es “tan patriota y federal como el que viniera de primera clase”. A partir de entonces y los siguientes veinte años de su vida, Juárez lleva a la práctica lo que en la letra se asienta: se convierte en ejemplar y enérgico servidor público, estadista de excepción y núcleo del partido liberal; es testigo y actor de momentos decisivos en la historia, alcanza la primera magistratura. Con esa calidad promulga las Leyes de Reforma, triunfa de la guerra civil y de la intervención extranjera y consuma nuestra segunda Independencia.

El primer instante en que la figura de Juárez entra en la historia como metáfora del héroe del tiempo nuevo —civil, laico, representante de la ley— es en el discurso que Francisco Zarco pronuncia con motivo del cumpleaños del presidente, el 21 de marzo de 1863: “Porque el nombre de Juárez, identificado ya con los principios democráticos y progresistas, es decir, con la extinción del fuero eclesiástico y militar, con la libertad de cultos, con la desamortización, con el registro civil, con la emancipación de las monjas, sea, en lo adelante, después del triunfo que las armas nacionales han de obtener sobre las de Napoleón, el símbolo de la independencia y de la gloria de México, de la unidad de América y del hasta aquí de la Europa”. Pocos como Zarco utilizaron tan precisas palabras. Pronuncia las anteriores en un instante doblemente dramático: cuando el término *república* es un significante desnudo de significados, porque ha sido mal utilizado, saqueado y agotado por una larga tradición de pronunciamientos, cuando casacas y sotanas venden la patria al mejor postor. En segundo lugar, porque faltan dos meses para la caída de Puebla y el inicio de la presidencia peregrina y la resistencia republicana.

Sin embargo, la aceptación unánime de Juárez no ocurrió de manera simultánea a los acontecimientos de los que era protagonista. ¿Cuántos de quienes lloraron su salida de esta capital el

31 de mayo de 1863, más tarde aplaudieron la entrada primero del ejército interventor, más tarde de Maximiliano y Carlota? ¿Quiénes eran los auténticos y convencidos juaristas que en ese adjetivo tan sustantivo sentían que la causa de México era la defendida por el presidente nombrado por la ley? De ahí la vigencia de las palabras del historiador Martín Quirarte:

Los que combatían con tanto ahínco por derribar el régimen liberal, por derrocar a un hombre que encarnaba el ideal republicano de México, no sospecharon que, a la postre, todos sus esfuerzos acabarían por darle solidez, coherencia y prestigio universal a ese gobierno que anatematizaban. El pueblo que no era juarista, que no era liberal sino en sus capas superficiales, recibiría con la intervención europea una lección suprema. Cuando vio a un príncipe que decía ser católico defender ideas liberales; cuando sintió los atropellos de Dupin, de Berthelin, de Castagny; los asesinatos cometidos en nombre de la ley de 3 de octubre; entonces, por convicción profunda o por instinto, sintió quién representaba de verdad la aspiración hacia la unidad definitiva de los mexicanos. Ese día dejó de ser Juárez el representante de un grupo político, para convertirse en símbolo de una nación.

De los conceptos anteriores se desprende la importancia que tuvo la entrada del presidente Juárez a esta Ciudad de México, el 15 de julio de 1867. Su paso concreto y simbólico bajo el arco triunfal, sobrio y republicano, que el Ayuntamiento había preparado para la ocasión, revestía múltiples significados. No se trataba de aquellos monumentos que la vanidad de Antonio López de Santa Anna mandaba erigir para celebrar sus constantes retornos a la silla presidencial, siempre apoyado en la fuerza de las armas y, como dijo un valiente diputado de oposición, “ante la ruina del orden legal”; tampoco era uno más de los innumerables arcos que cuatro años atrás la Regencia del llamado Imperio había levantado para recibir a un archiduque venido del otro lado del mar. El presidente constitucional volvía al sitio donde se asentaban los poderes. Le correspondían los honores

del triunfo, la recompensa que la ciudad otorga al guerrero o al estadista que vuelve a casa con las banderas victoriosas. Los versos bordados en el pañuelo que la niña Luisa Baz entregó al vencedor resumen su hazaña mejor que todos los discursos:

Tu grande gloria y tu victoria han sido
vencer al que jamás fuera vencido.

Con la satisfacción de haber respetado y hecho respetar la ley, con la de haber demostrado a México y al mundo la solidez de la autoridad civil sobre el capricho del cuartelazo, Juárez dirigió su mensaje a la ciudad anhelada por propios y extraños. Austero y preciso como todas sus acciones, cedió los honores de la victoria a la tercera persona encarnada en el pueblo y el gobierno de la República, ésa que en el transcurso de la guerra había recibido la adhesión de sus chinacos, sus juanes heroicos, sus devotas soldaderas, su naciente clase media, sus poetas y abogados que cambiaron la pluma por la espada. En ese momento Juárez acuñó uno de los grandes lugares comunes de nuestra historia. Inscrita en su contexto, la frase emblemática —dolorosa y poderosamente confirmada en el Cerro de las Campanas— confirma el estilo puntual, exento de oropeles retóricos, que Juárez mostró en todos sus escritos. El gobierno de nuestra ciudad tuvo el acierto de imprimir y repartir este discurso el pasado 21 de marzo:

El gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la Nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el Gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la Patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la Independencia y las instituciones de la República.

Cinco años precisos duró la última administración de Juárez y la organización de la victoria, acaso tan difícil como la lucha armada. Cinco años de la última tormenta, como la llamó Justo Sierra. Tiempo en que el presidente perdió amigos y partidarios, tuvo que hacer frente a opositores y rebeliones aisladas. Sin embargo, su entrada en la inmortalidad, el 18 de julio de 1872, fue unánimemente respetada. La misión estaba cumplida. No se trataba únicamente de que la muerte derrotara al peor enemigo de la persona en el poder: el poder por éste mismo. Inclusive los temibles caricaturistas que lo habían combatido dedicaron sus grafitos a enumerar los logros obtenidos por el caído. El monumento a Juárez, su culto en la imaginación de México, comenzó a construirse ese mismo día. Sus restos estuvieron en el nicho familiar que les correspondía en este Panteón. Siete años después fueron exhumados para colocarse en el mausoleo encargado a los hermanos Juan y Manuel Islas. El 18 de julio de 1880 se hizo la inauguración oficial. Él, que en vida hizo de la levita símbolo de la autoridad civil, aparece yacente, desnudo, cubierto por un manto, los pies descalzos, acompañado y confortado por una joven figura femenina doliente, que representa a la patria.

Numerosas son las palabras que desde entonces se han vertido en torno a Juárez, su persona, su herencia, su vida cotidiana, palabras más intensas cuando se transforman en acciones. Entre las muchas experiencias vividas en este espacio donde nos encontramos, surge, luminosa y precisa, la de un niño llamado Rubén Bonifaz Nuño, que en 1929, y en el quinto año de su edad, vio desfilar a los veteranos de la batalla del Cinco de Mayo y con su hermano visitó el sepulcro del gran estadista. Ya convertido en adulto y poeta mayor, consciente de que es “mejor sufrir que ser vencido”, aquella vivencia infantil lo llevó a escribir el *Principio para un canto a Juárez*:

Todo está bien, lo tuyo.
En su lugar el aire,

en su cauce la fuerza de sus aguas,
en su lugar el fuego, la tierra, las raíces.
Como encima de piedra,
bien cimentado el mundo que dejaste.

El aniversario luctuoso de Benito Juárez no es sólo una obligada y justa efeméride de nuestra historia. Es la confirmación del diálogo que tenemos con él de manera permanente, en cada una de las acciones que, por cotidianas, hemos dejado de observar como inevitables. Benjamim Constant, uno de los grandes maestros de Juárez y su generación, enumera esos derechos inalienables:

...el derecho de no estar sometido sino a las leyes, no poder ser ni detenido, ni preso, ni muerto, ni maltratado de manera alguna, por el efecto de la voluntad arbitraria de uno o de muchos individuos: es el derecho de decir su opinión, de escoger su industria, de ejercerla y de disponer de su propiedad, y aun de abusar si se quiere, de ir y venir a cualquier parte sin necesidad de obtener permiso, ni de dar cuenta a nadie de sus motivos o de sus pasos; es el derecho de reunirse a otros individuos, sea para conferir sobre sus intereses, sea para llenar los días o las horas de una manera la más conforme a sus inclinaciones y caprichos: es en fin para todos el derecho de influir o en la administración del gobierno, o en el nombramiento de algunos o de todos los funcionarios, sea por representaciones, por peticiones o por consultas, que la autoridad está más o menos obligada a tomar en consideración.¹

Por su entrega, su fe y su constancia, Juárez pertenece a la categoría de los héroes éticos. Por el peso y la realidad de sus acciones, siempre será superior a la leyenda. El niño que se rebeló contra la ceguera de la ignorancia, halló en la educación la luz que no se apaga. Su odisea intelectual no terminó allí. La exigencia que impuso a su persona le permitió encabezar la

¹ Citado por Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, vol. I, 3a ed., México, FCE (Obras de Política y Derecho), 2002, p. 323.

batalla decisiva y transformar a México. Por eso fundó, el propio 1867, la Biblioteca Nacional y la Escuela Nacional Preparatoria, pilares de la victoria intelectual de la República. Por eso defendió el Registro Civil y plantó el germen de otras instituciones que nos dan nombre, identidad y patria y nos defienden inclusive de nuestros propios errores y debilidades. Porque supo hacer superiores los principios a las personas, nos enseña a tratar de ser mejores. Un joven clásico de nuestro siglo, en la voz de alguien de su sangre, al definir a los héroes, recuerda su necesidad inevitable: “seres valientes, sacrificados que al creernos vencidos nos enseñan a resistir un momento más. Nos ayudan a ser honestos, nos dan fuerza, nos hacen nobles y nos permiten morir finalmente con orgullo”. De nosotros, presentes y futuros herederos de Benito Juárez, depende continuar esa lección de vida que la muerte amplifica y hace eterna.

